

ROSA Y AZUL



SUMARIO Leyendas españolas: EL TRIUNFO DEL AVE MARIA, con ilustraciones de J. Cuevas.—El Bertoldo del siglo XX (historieta), por Juan d'Aurián.—Entretenimientos científicos: El huevo maravilloso, por Javier Cabezas.—Curiosidades: El mundo de las hormigas.—Ingenio infantil (historieta muda).—Cuentos del concurso: Caridad.—Nuestros concursos.—La inclinación (comedia), por Rafael Leyda.—A la infancia (poesía), por Juan de Castro.—Historietas.—Pasatiempos.—Correspondencia.—Y las divertidas

Aventuras de un pequeño filósofo.
24 páginas, 15 céntimos

ADVERTENCIA

Ponemos en conocimiento de las personas que nos han pedido colecciones encuadernadas que ya tenemos en nuestro poder la segunda remesa.

ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.

Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN:

MADRID.—Trimestre.....	1,50 pesetas.
PROVINCIAS.—Un año: 52 números de la Revista.....	6 —
EXTRANJERO.—Un año: 52 números de la Revista.....	12 —

Nuestros regalos de Febrero

A todos los que en este mes se suscriban por un año, les regalaremos los folletines que van publicados (la mitad de la obra) de las **Aventuras de un pequeño filósofo** y un magnífico mapa.

A los que sólo lo hagan por seis meses, los folletines.

Córtese el adjunto cupón y remítase acompañado de su importe.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D.
residente en provincia de
calle número cuarto
se suscribe á *Rosa y Azul* por meses, y envía su im-
porte en (1)
..... de de 1905.

El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

PARA COLEGIALES Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✱—
San Bernardo, 56, frente á la Universidad.

ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL
ILUSTRADA, MORAL É INS-
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Maestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

NUESTRO CONCURSO



PAEZ F^{to}

ROBERTO REMARTÍNEZ Y GALLEGO

(DE NUEVE AÑOS)

Habitante en Madrid, calle de Jesús y María, número 22, 3.º izquierda

(37 de las admitidas)

Legendas españolas.

EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA

«Sobre verde relucía
la banda de colorado,
con oro, con que venía
la celeste Ave María
que se ganó en el Salado.»

(Gratia Dei, Rey de Armas.)

LA noche tendía su negro manto, bordado de plateadas estrellas, sobre las pardas alme-

lante centinela y el compasado andar de los soldados que sin cesar recorrían las solitarias calles de la gran ciudad. En lontananza se veían brillar las fogatas del campamento cristiano, y más cerca los pálidos rayos de la luna reflejaban en los acerados yelmos y en las agudas partesanas de la próxima avanzada. Los alegres cantares con que el soldado granadino divertía las pesadas horas de la velada de guardia, no resonaban ya. El abatimiento, el pesar y la fatiga, estaban pintados en los morenos y marciales rostros de los defensores de la última y más bella joya de la España árabe, pues vieran en breve tiempo desaparecer, una tras otra, las robustas fortalezas que, cual centinelas, la circundaban y defendían. Nada es ya bastante á resistir la terrible pujanza de los afortunados reyes de Castilla. ¡Tal vez, bien pronto, sus odiados pendones ondearán en las arrogantes torres de la Alhambra, y Alá y el gran Profeta, enojados por los pecados de los fieles musulimes, entregarán á éstos á sus aborrecidos enemigos! ¡Tal vez la única ciudad, último



nas y agudos *minaret*s de las mezquitas de la soberbia Granada. La atmósfera estaba despejada y fría, y las nevadas cumbres de la Alpujarra se destacaban vagamente sobre el velo azul del firmamento. El silencio de las horas, dedicadas al sueño y al reposo, sólo era turbado por el grito de *alerta* del vigi-

trofeo que resta de las gloriosas conquistas del gran Tarif, doblará bien presto la cerviz al yugo de Fernando! Tan tristes presentimientos embargaban el alma del *arraez*, que comandaba los guardianes de la antigua puerta de Elvira, en la noche del 8 de Diciembre de 1491, en tanto que aquéllos, en

torno de una bien alimentada hoguera, se abandonaban al sueño. De pronto el trote de un caballo vino á interrumpir el silencio que allí reinaba. Pocos instantes se pasaron, y se dejó ver un arrogante caballero. Un alquicel blanco como la leche encubre su rico traje; el más bello rubí sujeta la garzota de su turbante rojo y blanco, y una gumía, cuya empuñadura está sembrada de pedrería, cuelga de su robusto hombro. Finalmente, empuña su fuerte diestra una lanza corta á la que está atado un listón verde, y cabalga en un brioso corcel árabe del color del ébano. La vista de los soldados buscaba en su rostro, bello y varonil, el nombre que lo distinguía. Es Tarfe, el más celebrado guerrero de la belicosa tribu de los zegríes, el favorito de Boabdil y el prometido esposo de la bella Zaida, la más joven de sus hermanas. Sin desplegar sus labios presenta el recién venido al arreaez un pequeño pergamino en que está trazado el nombre real, el cual es besado con respeto. Al punto las viejas cadenas del ferrado puente levadizo rechinan con su peso, y queda franco paso al noble Tarfe. Apenas despuntaban los primeros albores de la aurora, cuando se lanzó á rienda suelta por la espaciosa vega en dirección del real cristiano.

Diez meses transcurrieran de un trabajado sitio, en que los más porfiados combates y las más penosas privaciones, repetidas sin cesar, dieran cabo á un valor y una constancia que no fuera de los esforzados paladines que seguían el glorioso pendón de los Reyes Católicos. Sin embargo, los más valientes hablaban ya de la necesidad de alzar el cerco, pues la escasez de vituallas, el rigor de la estación en lo más avanzado del invierno y las enfermedades contagiosas que comenzaban á asolar los reales, aconsejaban imperiosamente aquella prudente resolución. El mismo rey de Castilla y Aragón se inclinaba á adoptarla. Sólo Isabel, la magnánima, la esforzada, la más grande de las reinas, rehusaba es-

cuchar estos rumores, invariable en su osado pensamiento de arrancar para siempre de la noble España las banderas agarenas. Ilustrada de continuo por los consejos del gran cardenal Cisneros, aquel célebre prelado que empuñaba con igual acierto el báculo pastoral, la espada del guerrero ó el bastón de general, se encargó de dirigir por sí misma las difíciles operaciones de aquel famoso cerco. Iba adelantándose éste, aunque pausadamente, cuando un acontecimiento inesperado vino á llenar de consternación y espanto á los sitiadores, y á dar al mundo una nueva muestra de la grandeza de alma de la heroína reina. Un voraz incendio causado por el fiero Tarfe, el más valiente de los guerreros de Boabdil, redujo á pavesas el campamento. Isabel, para quitar á los infieles toda esperanza de que llegaría á cejar en su empeño, y deseando dejar á los siglos venideros una memoria indeleble de su sublime genio, hizo edificar en el sitio que ocupaban los reales una ciudad de fuertes casas de piedra, en vez de las endeblés tiendas de campaña. Tenía la forma de cruz, y le daban entrada cuatro puertas que correspondían á otros tantos cuarteles en que estaba dividida; y en tanto que se construían los fuertes muros que debían circundarla, se levantó provisionalmente una muralla de madera cubierta de lienzos encerados que la figuraban almenada y torreada. Estaban los reyes presenciando los trabajos de la naciente ciudad en la entrada de la tienda de Isabel, cuando el zumbido de una arma arrojada se dejó oír y se vió clavada y retemblando en aquélla una lanza de la que pendía una cinta verde. Volvieron todos los ojos buscando al atrevido guerrero que fuera capaz de tanto arrojo, y vióse ya lejos un caballero moro que á toda brida tornaba á Granada. La cinta verde era una prenda de amor que la bella Zaida donara á Tarfe, y que éste quiso dejar clavada en la morada de la reina cristiana para ostentar su

valor. Gran número de caballeros toman arrebatadamente sus bridones, disputándose la primacía en castigar al temerario moro. Hernando del Pulgar, llamado el *Valiente* y el



de las *Hazañas*, es el primero que persigue al fugitivo; mas ya era tarde, pues las hojas de la puerta de Elvira cerráronse en pos de Tarfe, y los nobles paladines de Castilla volvieron pesarosos de no poder lavar con la sangre del infiel la injuria hecha á su querida reïna. Pulgar tendió la mano sobre la cruz de su siempre vencedora espada, y pronunció algunas palabras en voz baja que dejaban presumir un grande propósito... Era, en efec-

to, un juramento terrible que fué repetido con entusiasmo por algunos caballeros que estaban á su alrededor.

Era una noche negra y tormentosa. El trueno resonaba de continuo, y la siniestra luz del relámpago mostraba por un instante los arabescos edificios de Granada, cuando un centinela, envuelto en un grosero jaique y cobijado en su garita, situada cerca de la gran mezquita, vió acercarse lentamente cinco altas fantasmas que vestían la armadura de los caballeros cristianos, y que llevaban en sus manos resinosas antorchas que el viento y la lluvia no podían apagar. El asombrado moro dirigió mentalmente sus plegarias á *Azrael*, el ángel que lleva las almas de los buenos musulmanes á gozar del paraíso prometido por el Profeta, pues creyó llegada su última hora, y el estupor y el pasmo le impedían dar un grito. Los que parecían guerreros de Castilla éranlo en efecto, y la historia nos ha conservado sus nombres, así como la memoria de su hazaña, que eran Pulgar, Montemayor, Bednar, Aguilera y Baena. También les acompañaba un moro recién convertido á la fe de Cristo y ahijado del primero, que servía de guía á estos valientes aventureros en la temeraria empresa de penetrar en Granada por el cauce del Darro.

Otros nueve caballeros que los seguían fueron obligados á quedar á retaguardia, guardando la espalda. ¿Cuál es el intento de estos arrojados paladines? Bien pronto nos será manifiesto. El denodado Hernando del Pulgar hace brillar el acero de su daga, y clava en la puerta de la mezquita (1) un

(1) Esta puerta ocupaba el lugar que hoy la principal del Sagrario ó parroquia de la catedral de Granada. Por este suceso se concedió á la familia de Pulgar para enterramiento un pasadizo ó capilla inmediato á esta puerta y se trazó el Ave María en la fachada de la catedral.

pergamino que llevaba prevenido, y en el que se veían escritas en campo azul con letras de oro, las palabras:

«*Ave María gratia plena.*»

Arrodilláronse los guerreros, y repitieron devotamente esta misteriosa salutación del ángel Gabriel á la Virgen sin mancilla. En seguida Hernando, con robusta voz, dijo:

En nombre de los poderosos reyes de Castilla y Aragón tomo posesión de esta mezquita, para que, purificada de las inmundicias de estos canes, sea dedicada á Nuestra Señora la Virgen.

Alzáronse con presteza y aplicaron sus antorchas á las inmediatas casas. La tempestad cedía pausadamente y el día se acercaba cuando el resplandor del incendio, que se apoderaba de aquéllas, difundió la alarma en sus habitantes. Mil y mil moros acudieron repentinamente y cercaron por todas partes á los temerarios caballeros; pero éstos lograron abrirse paso con sus terribles espadas y se retiraron pausadamente, después de hacer morder el polvo á muchos de sus contrarios, que llenos de espanto podían comprender apenas tan señalada bravura.

Comenzaba un día hermoso, y los dorados rayos del sol teñían de un matiz sonrosado las altas cumbres de Sierra Nevada, cuando un jinete moro se acercó paso á paso al campamento cristiano, ó más bien á la muy noble ciudad de Santa Fe, y arrojó con arrogancia su férrea manopla en señal de desafío. La cola de su fiero caballo arrastraba el pergamino escrito que Pulgar dejara enclavado en la mezquita grande dos días antes. Multitud de nobles, impulsados por un mismo pensamiento y cual si todos no formasen más que un hombre, quieren partir al punto á alzar el guante; mas el prudente monarca se lo estorba y dice: «No, mis amados infanzones, mis fieles vasallos; hartas pruebas disteis ya de vuestro esforzado valor. Despreciad las insensatas amenazas de ese perro in-

fiel, y guardad vuestros bríos para el día del asalto». En aquel momento el animoso Pulgar estaba ausente, pues á la cabeza de un escogido tercio marchara á una comisión importante; mas sus compañeros de aventura murmuraban de la prohibición de Fernando que les estorbaba castigar al insolente Tarfe, pues él era y no otro el que arrojara el guante y denostaba con groseros insultos á todo el ejército castellano. Entonces penetró por entre los caballeros que rodeaban al rey un bello mancebo, aún no bien entrado en la adolescencia. El bozo comenzaba apenas á cubrir sus labios, y sus cabellos dorados caían graciosamente sobre su blanco cuello rodeado de una pequeña gorguera de encaje. Era uno de los pajes más queridos del rey, y doblando ante éste la rodilla: «Señor—le dijo—, concédame V. A. la merced de ganar hoy las espuelas de caballero, castigando la osadía de ese moro. Desde la gran batalla del Salado ostentaron mis nobles abuelos por divisa las gloriosas palabras del *Ave María*. Soy el último vástago de mi familia, y á mí y no á otro corresponde el alto honor de combatir por el dulce nombre de la Virgen». Admiráronse los circunstantes de tanto valor en edad tan tierna; pero Fernando rehusó acceder á esta honrosa demanda.

«Querido Garcilaso—le responde—, vuestro padre al morir os dejó encomendado á mí, y no he de permitir os correr á una muerte cierta. Vuestro brazo es aún harto débil para sostener la lanza; moderad vuestra impaciencia, que Dios proveerá ocasiones donde lucir vuestro esfuerzo y alcanzar lo que tanto deseas». Levantóse cabizbajo el joven paje, fuese al aposento del rey, y apoderándose con inaudito atrevimiento de una de las armaduras que lo decoraban, se la acomodó á su esbelto talle y marchó á caballo y con la visera calada en busca de Tarfe. Al ver un caballero que salía de Santa Fe á todo escape, se maravilló el rey de no ver acata-

dos sus mandatos, y tal vez iba á dictar algún castigo severo contra el inobediente, cuando el interés del combate que éste trababa ya con el moro, le robó su atención y la de todos los demás paladines que le acompañaban. Después de algunos minutos de encarnizada lid (1), se vieron caer ambos combatientes con sus respectivos caballos. La distancia no dejaba percibir cuál era el vencedor, cuál el vencido, y estaban atormentados con la incertidumbre los espectadores, cuando se vió á Garcilaso levantarse mostrando la ensangrentada cabeza de Tarfe. Entonces rompieron á la vez en todo el real las más estrepitosas aclamaciones los clarines y atabales; muy pronto el afortunado vencedor estaba ya de hinojos ante el rey llevando en la punta de su lanza el pergamino del Ave María, y en la siniestra mano la lívida cabeza del vencido moro. «Perdón, señor—murmuró una voz aún no bien formada y que revelaba la juvenil edad del que la hacía sentir.—Venid á mis brazos, el más animoso de mis caballeros»—le contestó Fernando visiblemente conmovido al reconocer al joven que consu-

mara tan alto hecho de armas que daría honra y prez á un guerrero encanecido. La reina acudió presurosa á felicitar al nuevo héroe, y quiso por sí misma recompensarle, ejerciendo con sus bellas manos el noble oficio de rey de armas. Tomó, pues, la banda verde que flotaba en la lanza que Tarfe clavara en su tienda, y ató con ella, sobre el liso y dorado escudo de Garcilaso, al pergamino del Ave María, noble despojo de su hazaña, para que le sirviera de divisa. El rey le dió allí mismo el espaldarazo y el ósculo; Gonzalo de Córdoba, llamado después el Gran Capitán, le calzó las espuelas, y el valeroso Ponce de León le ciñó la espada. También Fernando le donó la armadura con que combatiera, y dispuso que en la iglesia de Santa Fe, que se estaba edificando, se colocase como pena de la cruz que debía servir de remate la cabeza de Tarfe ejecutada en piedra, para dejar á la posteridad una memoria eterna del tan señalado *triunfo del Ave María*.

(1) El lugar donde se verificó este combate, está señalado con una cruz que se llama del Ave María, y la espada de Garcilaso se conserva en la Armería Real.

El Bertoldo del siglo XX

TÍA Juana encarga á Víctor tenga cuidado de la gallina y los pollitos mientras ella va al mercado con tío Segundo, que ya salió de casa. Y á Víctor se le ocurrió atar á los pollitos por el pescuezo, y cuando los tuvo en reata sujetó un extremo de la cuerda á una pata de la gallina y él se quedó con el otro. Asustada la gallina empezó á dar aletadas y á tirar de la cuerda, lo cual bastó para ahogar á los hijuelos. Ante esta catástrofe, Víctor decidió suicidarse, y al efecto se metió entre pecho y espalda un tarro de fresa en

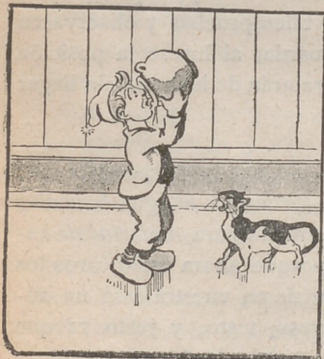
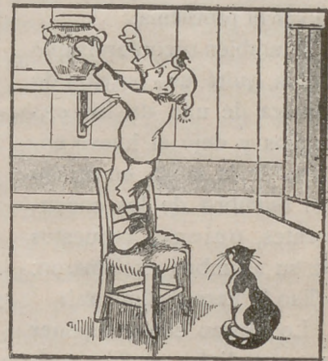
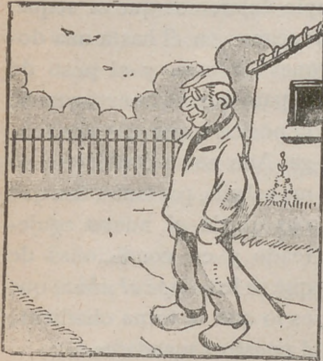
almíbar, que su madre le había dicho ser veneno. Y cuando tía Juana se enteró de la muerte de los pollitos y vió en el suelo y á merced del gato el almíbar, al clamar á su hijo la contestó éste:

—Madre, he sido culpable; no me pegue usted; ya me he envenenado. Me he bebido todo el veneno que contenía el tarro. Voy á morir. ¡Adiós, madre!

—¡Envenenado! ¡Bueno tendrás el cuerpo de dulce!

JUAN D'AURIÁN.

EL BERTOLDO DEL SIGLO XX, por Juan d'Aurián.



(Véase la explicación en la página anterior).

ENTRETENIMIENTOS CIENTÍFICOS

EL HUEVO MARAVILLOSO

Todos vosotros habéis oído hablar alguna vez del huevo de Cristóbal Colón. ¿Recordáis cómo propuso á todos los sabios que habían de juzgar sus teorías acerca de aquellas tierras que él afirmaba poder encontrar allende los mares, que pusieran un huevo en pie á ver si conseguían dejarle solo en tal postura?

La cosa fué divertida, porque pasando de mano en mano el huevo, salió de las de todos aquellos sabios sin que ninguno consiguiera resolver el problema.

Y también recordaréis que Colón quitó una porción de cáscara de uno de los extremos y dejó el huevo encima de la mesa, en medio del asombro de los concurrentes, quienes repuestos de su asombro exclamaron: «¡Eso lo hace cualquiera!»

Lo mismo es de suponer que nos dirán nuestros amigos cuando les propongamos poner un huevo en pie. No importa. Si les entregamos el huevo intentarán hacer lo que Colón, porque ya es cosa sabida. Y entonces nosotros nos sonreiremos agregando: «Están verdes.»

Nuestro juego es distinto, y lo mismo podemos colocar el huevo en sentido perpendicular que oblicuamente. Vedlo en el grabado.

He aquí la explicación:

Con la punta de unas tijeras finas haremos un agujero en uno de los extremos del huevo á fin de vaciarle de su contenido; después le lavaremos bien en su parte interior, y

cuando esté limpio dejaremos que se seque.

Ya seco introducimos en él hasta una docena de perdigones de caza, y el peso de ellos es suficiente para que el huevo guarde la posición que nos conveniga. Aún no he concluído; no me salgáis, por tanto, con que nos queda el huevo agujereado y en condiciones de que se le *escape el alma*, que es lo que le torna obediente á nuestros mandatos.

El agujero se tapa con una bolita de cera, y ésta con un pedacito de papel de goma; y á fin de que no se advierta la pegadura, se pinta el huevo á semejanza de los que nos presenta el dibujo. Mejor ó peor todos sabéis pintar una cara.

Y ya no nos queda otra cosa que hacer si no es presentarle á nuestros amigos y proponerles hagan lo propio. Tened por seguro que os habéis de reír, porque quienes

os vieren hacer tales pruebas y observaren cómo hacíais guardar al huevo la posición que apetecíais, tratarán de imitaros sin llegar á conseguirlo.

ADVERTENCIA.— Cuando propongáis este entretenimiento á vuestros amigos, haceldes depositar una cantidad para *material de experimentación*, porque ahora están caros los huevos y causaríais en vuestra casa un aumento en el presupuesto, y justo es que quien rompa *los vidrios* los pague.

Y nada más por hoy.

JAVIER CABEZAS.



bajo de cubierta únicamente se hallaron once franceses.

El buque se llamaba el *Franklín* y era un corsario francés de diez cañones y sesenta y cinco hombres, de los cuales ocho estaban ausentes. La pérdida por parte de este buque fué de cuarenta y seis entre muertos y heridos, y la de la *Harpy* de unos cinco ahogados en la primera balandra, y diez y ocho pertenecientes á la lancha, que habían volado en el abordaje; de este total de veintitrés, sólo Jolliffe y cinco marineros habían quedado vivos.

—Ahí está la *Harpy*. ¡Y trae viento por la popa!—dijo Gascoigne.

—Tanto mejor, porque estoy cansado de esto, Gascoigne; tiene este espectáculo mucho de horrible, y deseo hallarme otra vez á bordo. Acabo de ver á Jolliffe; puede hablar un poco y creo que recobrará la salud; así lo espero á lo menos: ¡Pobre hombre! Entonces obtendrá su promoción, porque de todos los que sobrevivimos es el de graduación mayor.

—Y si obtiene su ascenso—dijo Gascoigne—, puede asegurar á todos que lo que ha echado á perder su belleza ha sido la voladura de la pólvora; pero aquí viene la *Harpy*. He andado buscando un pabellón inglés para izarle sobre el francés, pero no he podido encontrar ninguno.

La *Harpy* estuvo pronto al costado del bergantín. Juan pasó á bordo en la balandra para dar noticia de lo que había ocurrido. El capitán Wilson tuvo un gran sentimiento al saber la pérdida de tanta gente; pusieronse hombres de refresco en la balandra para tripular la lancha, y él y Sawbridge fueron á bordo del buque fran-

cés para examinar los horribles efectos de la explosión descrita por nuestro héroe. Jolliffe y los heridos fueron llevados á bordo y todos se restablecieron. Ya hemos dicho cuán desfigurado había quedado el rostro del pobre Jolliffe á consecuencia de las viruelas: pero de tal modo se había quemado en la explosión que á las tres semanas toda su cara se quedó hecha una máscara negra, y todos declararon que tal como era el Sr. Jolliffe presentaba mayor belleza que la que tenía antes.

Debemos decir, además, que Jolliffe no sólo obtuvo su ascenso, sino también una pensión por sus heridas y se retiró del servicio. Como se sabía que había estado en la voladura de la pólvora, se atribuyeron la pérdida del ojo y las quemaduras de la cara al mismo accidente, y esto excitó el interés en su favor, teniéndole todos como un valiente oficial. Con esta aureola de gloria pudo casarse y vivió contento y feliz hasta una edad avanzada.

La *Harpy* marchó con su presa para Mahón. Juan, como de costumbre, obtuvo gran crédito; ya lo mereciera, ya no, según Gascoigne observaba, siempre caía de pie. Tal vez lo merecía, y tal vez también en algunos casos la observación de Gascoigne era exacta. Sobre esto el lector decidirá teniendo á la vista los datos de nuestra narración.

Los marineros de la *Harpy* cuando les llamaban con urgencia solían contestar: «Aguardad un minuto, que ha picado un pez».

En cuanto á Juan decía también con frecuencia: «Tengo una famosa historia que referir al gobernador».

CAPÍTULO XX

JUAN EMPRENDE OTRA TRAVESÍA.— AMOR Y DIPLOMACIA. — EL PEQUEÑO FILÓSOFO PRUEBA QUE EN MATERIA DE ASTUCIA VALE POR TRES, Y TRASTORNA LAS COMBINACIONES DE LAS ALTAS POTENCIAS CONTRATANTES.

Pocos días después de la llegada de la *Harpy* á Mahón acercóse á su costado una balandra con despachos del almirante. En ellos el capitán Wilson se halló nombrado para el cargo de capitán de la fragata *Aurora* en la vacante ocurrida á consecuencia de las transgresiones de nuestro héroe. El teniente Sawbridge fué promovido al empleo de capitán y nombrado para mandar la *Harpy*. El almirante informaba al capitán Wilson de que debía detener la fragata *Aurora* hasta que llegase otra que se esperaba inmediatamente; después volvería á Mahón para encargarse del mando. Además, se le decía que se necesitaba una provisión de bueyes que debían enviarse en seguida á Tetuán.

Wilson había perdido tantos oficiales que no supo á quién enviar con esta comisión. Hacía poco tiempo que mandaba la *Harpy* y no tenía más que un teniente, sin mayor ni contramaestre. Gascoigne y Juan no eran más que dos guardias marinas útiles, pero temía confiarles una expedición en que se requería conocimiento y presteza.

—¿Qué haremos, Sawbridge, enviaremos á Franco y á Gascoigne? Porque si los bueyes no llegan en buen estado, el almirante no los dejará en libertad como nosotros lo hacemos.

—Debemos enviar á alguno, Wilson — contestó Sawbridge—, y la costumbre es enviar dos oficiales para que uno reciba

los bueyes á bordo mientras otro dirige la embarcación.

—Entonces envíe usted á los dos, Sawbridge, pero antes léales bien la cartilla.

—Ahora me parece que serán más juiciosos, y van á punto donde tendrán mucho gusto en volver inmediatamente.

Franco y Gascoigne fueron llamados y oyeron en aptitud respetuosa todo lo que el capitán Sawbridge les dijo, prometiendo conducirse lo mejor posible.

Después recibieron una carta para el vice-cónsul inglés en Tetuán, y fueron enviados con sus equipajes á bordo de la *Elisa-Ana*, bergantín de doscientas diez y seis toneladas contratado por el gobierno, y cuyo contramaestre y tripulación estaban ocupados en levantar anclas.

El patrón del transporte salió á recibir á los jóvenes. Era un hombre de estatura corta, de pelo rojo y con las manos tan anchas como las conchas de una tortuga. La cara igualmente ancha, anchos los hombros y anchas las narices; pero si no era hermoso tenía un notable buen humor. Cuando los equipajes y las hamacas estuvieron sobre cubierta, díjole que apenas se acabara de levantar el ancla les daría una botella de porter. Juan propuso que se subiera el porter desde luego; lo beberían mientras se levantaba el ancla, con lo cual se aprovecharía el tiempo.

—Puede ser que se aproveche el tiempo—dijo el patrón—, pero no nos ahorramos el porter.

Sin embargo, lo mandó subir.

Juan mandó traer dos sillas, puso el porter en la escotilla, y él y Gascoigne se sentaron.

Se levantó el ancla y el transporte comenzó á bogar pasando á unas diez brazas de la *Harpy*. El capitán Sawbridge cuando vió á los dos guardias marinas instalados en sus sillas con las piernas

cruzadas, los brazos extendidos y el portar delante de ellos, tuvo intención de mandar detener el buque, pero no podía disponer de ningún otro oficial y abandonó el intento diciéndose á sí mismo:

—Algún cuento nuevo vamos á tener para el gobernador, si nó me equivoco.

El buque desplegó todas sus velas. El patrón, que se llamaba Hogg, se llegó al pequeño filósofo y le preguntó cómo encontraba la cerveza.

Juan declaró que jamás se aventuraba á exponer una opinión sin haber probado más de una botella.

— Así, pues, capitán Hogg—añadió—, tengo que pedir á usted el favor de que mande subir otra.

Después solicitó el favor de una tercera, y luego de una cuarta; al acabarse ésta se acordó de que no había brindado á la salud del capitán, y pidió una quinta, y por último le pareció que sería conveniente no quedarse en el número cinco y completar la media docena.

Pronto se encontraron ambos jóvenes con la cabeza un poco pesada, y por tanto diciendo al capitán Hogg que debía estar muy vigilante y no llamarles por ningún motivo, se retiraron á sus hamacas.

A la mañana siguiente se despertaron tarde; la brisa era fresca y buena, y dijeron al capitán que no se detuviera en gastos, pues que pagarían todo lo que comieran y bebieran, y aun le darían una buena gratificación cuando llegasen á Tetuán.

Con esta promesa y con la atención de llamarle capitán á cada momento, nuestro héroe y Gascoigne ganaron el corazón del patrón del transporte, que, siendo un hombre de buena condición, hizo todo lo que ellos quisieron.

Juan dió también un doblón para los marineros, á fin de que bebiesen á su lle-

gada, y todos los hombres estuvieron en un transporte constante de júbilo desde la llegada de Juan á *reinar sobre ellos*.

Debe reconocerse, sin embargo, que el reinado de Juan, en su mayor parte, fué feliz y glorioso.

Al fin llegaron á Tetuán, y nuestros Pilades y Orestes bajaron á tierra para presentarse al vicecónsul acompañados del capitán Hogg. Enseñaron sus credenciales y pidieron bueyes.

El vicecónsul era un joven pequeño, delgado y rubio; su padre había tenido el mismo destino que él desempeñaba, destino que se le había dado porque nadie había pensado en solicitarlo.

El Sr. Hicks, que así se llamaba, tenía una gran idea de responsabilidad de su empleo. Este producía en aquel momento algunos emolumentos mayores que en otra época, y el Sr. Hicks tenía bastante caudal, además de una hermana que, siendo la única señora inglesa que había en Tetuán, imponía las modas de la ciudad y atraía la atención de los marineros que iban á cargar bueyes.

La señorita Hicks conocía su importancia y había rechazado las ofertas de tres guardias marinas, un contador y un contramaestre. Existía gran abundancia de bueyes en Tetuán, pero las señoras inglesas eran muy pocas; además, la señorita Hicks tenía caudal propio, además de trescientos duros en metálico que le había dejado su padre para que dispusiera de ellos á su gusto.

Parecíase mucho á su hermano, á excepción de tener la cara un poco más llena y el pelo rubio. Sus facciones eran bellas; su cutis finísimo.

Tan luego como entraron los jóvenes en los preliminares del asunto que llevaban, y se hicieron las combinaciones necesarias en el pequeño aposento, de pare-

des desnudas, que el Sr. Hicks llamaba su oficina, éste les invitó á pasar al salón para presentarles á su hermana.

La señorita Hicks se irguió delante de los dos guardias marinas, pero se sonrió graciosamente cuando recibió el saludo del capitán Hogg; conocía la diferencia de categorías que existía entre un guardia marina y un capitán.

Al cabo de un rato, rogó al capitán Hogg que le hiciese compañía á la mesa, anunciándole que podía llevar consigo á sus dos guardias marinas.

Juan y Gascoigne se miraron uno á otro rompiendo en una carcajada, que puso á la señorita Hicks casi á punto de rescindir la última parte de su invitación.

Cuando salieron de la casa del vicecónsul, dijeron al capitán que fuese á bordo y lo tuviera todo dispuesto mientras ellos daban un paseo por la ciudad. Recorrieron la mayor parte de ella mirando á los árabes, moros y judíos hasta que se cansaron; bajaron á la playa, donde encontraron al capitán que les informó de que no había hecho nada porque su tripulación estaba toda borracha á consecuencia del doblón que Juan le había dado. Este contestó que un doblón no podía durar siempre, y que cuanto más pronto se lo bebieran sería tanto mejor.

Volvieron todos á casa del vicecónsul, á quien pidieron que les proporcionase cincuenta docenas de gallinas, veinte de carneros y otros artículos que podían encontrarse en la ciudad, porque, como Juan decía, debían vivir bien hasta que llegasen á Tolón, y si aún quedaba alguna parte de lo que iban á comprar, se la darían al almirante, pues Juan había tomado la precaución de poner una vez más á prueba la filosofía de su padre antes de salir de Mahón.

Como Juan dió una orden tan liberal y

el vicecónsul podía engañarle por lo menos en una tercera parte del precio que había pedido, pensó este funcionario que no podía hacer menos en conciencia que ofrecer camas á nuestros guardias marinas, lo mismo que al capitán Hogg; de tal suerte, que tan luego como se terminó la comida, Juan y Gascoigne mandaron al capitán que fuese á bordo y les enviase sus equipajes.

Así se hizo, y como debían estar en Teatún tres semanas para completar el cargamento, decidieron quedarse todo el tiempo que les fuera posible si encontraban algo que hacer, y si no lo encontraban juzgaron que el no hacer nada era infinitamente preferible á cumplir con los deberes del oficio.

Establecieron su domicilio en casa del vicecónsul enviando por cerveza y otras cosas que no podían obtenerse sino en el buque; y Juan, para probar que no era un perdido como le había llamado el capitán Tartar, dió al capitán Hogg cien duros á cuenta, porque el capitán Hogg tenía una gran provisión de porter y otros artículos ingleses que había llevado á la ventura, y de que aún le quedaba bastante cantidad.

Así, como nuestros dos jóvenes no solamente eran robados por el vicecónsul, sino que también sostenían su mesa, el Sr. Hicks se mostró muy hospitalario y todo lo puso á su servicio.

El contraamaestre y la tripulación lo preparaban todo para recibir los bueyes. Juan y Gascoigne vivían alegremente.

El cuarto que ocupaban Franco y Gascoigne se hallaba en el piso superior de la casa, y encontrando en él demasiado calor, Gascoigne se subió á la azotea que tienen todas las casas de los países mahometanos. Estas azoteas confinan unas con otras, divididas solamente por una

CURIOSIDADES

EL MUNDO DE LAS HORMIGAS

SE ha citado siempre como modelo de laboriosidad á las abejas, y si bien son dignas de imitar estas productoras de miel y cera, no merecen menos que las dediquemos nuestra atención, puesto que son dignas de estudio, las infatigables hormigas.

Vamos, pues, á emprender una excursión de naturalistas. Nuestros estudios siempre han de ser al aire libre, que buena falta hace á vuestros pulmones.

Pero antes de emprender el camino debo advertiros que esas pequeñas obreras que, en interminables reatas veréis por el suelo, son tan dignas de respeto y consideración, como

el águila que majestuosamente hiende el espacio con sus alas. Por eso debéis apartaros y dejarlas continuar su trabajo. No las hagáis daño, y menos aún las piséis. No tapéis tampoco los hormigueros, porque puede ocurrir á las hormiguitas algo parecido á lo que os ocurriría á vosotros si os tapiasen todos los huecos de la casa y no pudieseis recibir la ventilación: moriríais. ¿Olvidaréis mi consejo?

En marcha. Pero escuchad un momento, que empieza á nublarse y nos exponemos á recibir una mojadura. Sentaos y os referiré una cosa que os gustará mucho. Mañana haremos la excursión.

Habéis de saber que, entre otras muchas particularidades, ofrecen las hormigas la de ser unas solemnísimas aficionadas al regalo, y llegan hasta el extremo de construir verdaderos palacios rodeados de jardines. No lo

toméis á risa: el dibujo os demostrará que hablo en serio, muy en serio... pero no tanto que os vayáis á asustar.

A estas hormigas, de las cuales yo no sé que haya en España, pero que abundan en los campos de Texas, las llaman jardineras, y tal maña se dan para construir los jardines, que pudieran servir de modelo á cuantos se dedican á la horticultura.

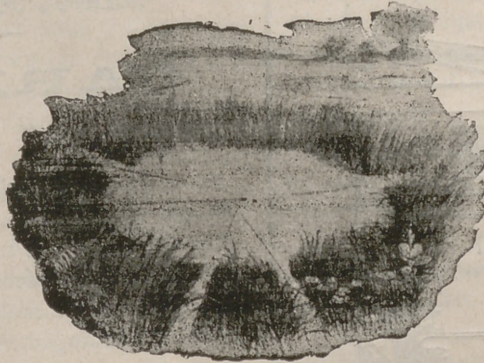
No tienen azadones ni otra herramienta que sus mandíbulas; pero de tal suerte las manejan, que nivelan el piso alrededor del hormiguero hasta dejarle liso como la palma de la mano.

Estos hormigueros con jardín parece á primera vista que sean moradas de regalonas y burguesas hormigas; mas no hay tal cosa: si algún nombre puede dárseles es el de *Asilos de ancianos*, porque en ellos se guarecen las obreras que por el peso de la edad no pueden ir á buscar el alimento demasiado lejos.

Sería juzgar mal á tan laboriosas obreras pensar que construyen los jardines exclusivamente para recrearse por las enramadas, que dijo el poeta.

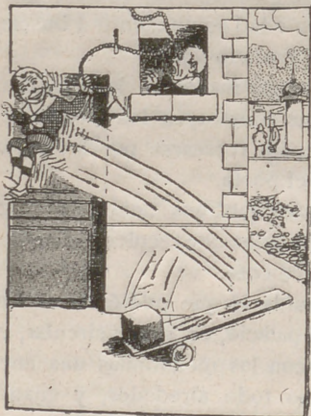
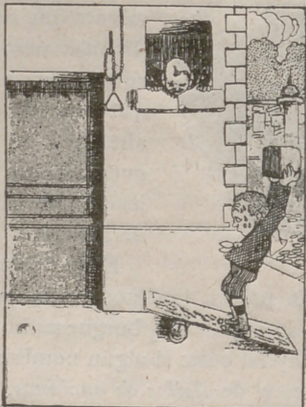
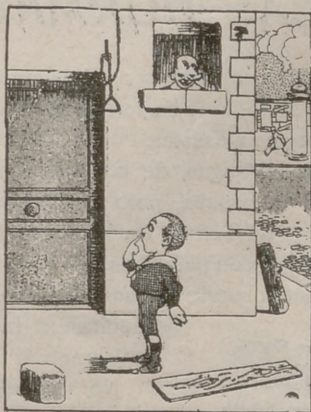
No; estos jardines tienen la ventaja de producir granos que recolectan las hormigas para su alimento.

Constrúda la que pudiéramos llamar terraza del palacio, en forma circular, van excavando con las mandíbulas una ancha faja de terreno todo alrededor, y cuando está llena de pequeños surcos depositan en ellos



INGENIO INFANTIL

(Historieta muda.)



la simiente de un cereal, que crece con rapidez apenas las aguas producen su influjo bienhechor en la tierra.

Y ya está todo. De aquí que se dé un segundo nombre á estas hormigas: el de agricultoras.

¿Os ha gustado esta noticia?

Si así es, otro día continuaré explicándoos cosas de las hormigas, que en verdad os digo han de sorprenderos.

M.

Cuentos del Concurso

CARIDAD

I

Yo tengo natural inclinación por todo aquello que el vulgo no puede profanar con sus miradas; me seduce todo aquello que crece escondido en un oscuro rincón; me encanta la violeta que se oculta humildemente, y la prefiero á la fragante rosa que muestra altiva sus purpúreos pétalos.

En los grandes palacios que he visitado, he preferido siempre, á los soberbios salones llenos de grandiosos artesonados y tapizados de riquísimos ornamentos, donde resuenan aún como un eco las recientes notas de la orquesta y las frases ardientes de los enamorados, los oscuros rincones donde la humedad destila por las paredes, y los muros, próximos á desmoronarse dan paso por los huecos al viento que zumba y silba, el moho que se extiende por derruidos ladrillos y la hierba crece, dando al lugar un aspecto monótono y triste al par que encantador y poético.

En un monasterio, cuyo nombre, que encierra una gran tradición, no recuerdo, al penetrar por vez primera en aquellos recintos mudos y solitarios, al contemplar aquel abandono que encierra en sí no se qué de grandezas y poesías, se apodera del alma in-

voluntaria tristeza, profunda y penosa impresión.

Yo he visto allí sobre un mezquino altar, formado con el resto de otros altares, iluminado débilmente por una lamparilla, con más agua que aceite, y cuya luz chisporroteaba próxima á extinguirse, una venerable imagen esculpida irrisoriamente por rudo cincel.

Aquella imagen allí, sola, desnuda de ridículos ornamentos, me parecía más hermosa, más llena de encantos y de misterios, más propia para adorarla, para caer á sus pies mudo y absorto, que otras muchas que he visto cargadas de profusión de luces, de flores y de joyas, colocadas en machuchos retablos de góticas catedrales.

II

En un rincón oscuro y solitario, arrebuja-do en harapos sucios y mugrientos, á la puerta de uno de los teatros más en boga en aquel invierno, estaba un pobre niño de ocho años apenas.

Dentro, la representación había empezado; la sala, según costumbre moderna, quedó á oscuras; las graves calvas de los abonados y los descotes de las señoras salpicaban de brochazos blancos aquella penumbra.

En uno de los palcos impares, negligentemente recostado, admirando á sus dos hijos, Margarita y Luis, estaba el duque de X, caballero de noble y distinguido aspecto.

Fuera, el frío arrecia; el niño, medio dormido al arrullo de las lejanas notas que del interior salen, despierta y llora.

Dentro, Margarita y Luis ríen y gozan.

Aquí, la humanidad que sufre; allí, el Madrid que se divierte; dentro, el placer, las riquezas, fantásticas quimeras, goces pasajeros, ¡la felicidad!, ¡la dicha!, bienes fugaces y efímeros; fuera, la realidad de la existencia, la miseria, la pobreza, ¡lágrimas!, lágrimas

que una milésima parte de lo que se pierde allí dentro bastaría para enjugar.

Pero dejemos estas filosóficas disgresiones que nos han apartado de nuestro relato y continuemos éste.

III

La noche avanza, el día le ha cedido su turno y lega un recuerdo al mundo entre sus negros crespones.

La representación ha terminado; los hijos del Duque saltan envueltos en riquísimas pieles á su elegante carruaje.

Al mismo tiempo que el rítmico y cadencioso plup, plup, del soberbio tronco y la trepidación del carruaje, algo menguada por los aros de goma que envuelven á las ruedas, se oye el golpeteo cada vez más apagado, el ruido de los pies de un niño que intenta en vano alcanzar al carruaje.

Tras un titánico esfuerzo logra agarrarse á la ventanilla y clama por piedad una limosna.

Margarita y Luis se estremecen al pensar el frío que en aquella helada noche pasaría aquel infeliz y ruegan á su padre le admita en su casa.

El padre no puede resistir el justo al par que cristiano deseo de sus hijos y manda parar al carruaje; el lacayo recoge el entumecido cuerpo de aquel niño, probablemente huérfano, desamparado, solo en la faz de la tierra y recogido acaso por una mujer sin corazón, que le obliga á mendigar so pena de dejarle sin comer.

El niño, al penetrar en el carruaje, al respirar aquella atmósfera ténue y cálida, al sentir aquel vahode calor tan bienhechor y que tanto bien le causa, da gracias al Señor que le permite que por un instante pueda sentirse dichoso. Pero no, Dios quiere que su dicha se prolongue, ha hecho sentir en el corazón de los hijos del Duque el sentimiento sublime de la Caridad y su pan está asegurado.

Desde el día siguiente el niño pobre vive y duerme en casa del Duque, se siente feliz, y sus amiguitos Margarita y Luis, con su poca experiencia, le hacen ver entreabierto

un porvenir inmenso, que tendrá por base, lo mismo que su felicidad presente, la Caridad.

Lema: «EGO SUN».

(Número veintitrés de los admitidos.)

EN LA ESCUELA



—¿Qué tienes en la boca?



—¡Toma! A ver si contestas.



—Tenía agua, D. Rudesindo.

NUESTROS CONCURSOS

El undécimo

Hemos recibido 8.412 soluciones exactas y 26 que, acertando la palabra suplida, citaban mal el texto de donde la hemos tomado. No sabemos si existe en *La Ilustración Ibérica*, como dice un solucionista; aun siendo así, estas 26 quedaron fuera de concurso.

La palabra suplida era **honrado**, y el libro de que tomamos el párrafo el *Fuinito*, de Parravicini.

Sometidas á un sorteo en la forma acostumbrada, resultaron premiadas:

Aurorita Laguna y Menéndez, de Sigüenza, con el **estuche de costura** (premio 1.º);

Juan Heras y Gómez-Pardo, de Madrid, con el **juguete instructivo** (premio 2.º), y

Miguelito Armendáriz y Sotomayor, de Murcia, con el **libro de recreo** (premio 3.º).

A los cuales, ó á persona por ellos autorizada, haremos entrega á su presentación.

Han merecido especial mención por la serie de detalles que daban en las soluciones:

Rafael Fernández González, Hornachuelos; Celsa Fernández, San Pelayo de Teona; Carmen Carreras, La Línea; F. Jiménez, La Línea; Angel García Pérez, Salamanca; Fernando Espino Pascual, Madrid; Eulalia Ferrerety Lima, La Línea; Clementina Marchesi Madrid, y Ramón Sánchez, Guadalcanal.

El duodécimo

Consiste en descifrar la siguiente fuga de consonantes.

.i.ue. .e.a, .o. .au.e.a,
.u .a.a .u.a i.o.ó,
.i.o u.o. .ue e.o .ió:
—a.a .u.a i.o.a .e.a

Premio único: **Una cámara fotográfica.**

Condiciones, las de costumbre.

El concurso queda abierto desde hoy hasta el día 15 de Marzo, á las nueve de la noche.

NUESTRO TEATRO

LA INCLINACIÓN

CASI PERSONAJES

ENRIQUETA (cinco años).



LA MAMÁ DE ENRIQUETA.

ENRIQUE (siete años).



LA MUÑECA DE ENRIQUETA.

(Gabinete elegante. Sobre una mesita una hermosa muñeca).

ENRIQUETA (mirando á la muñeca).—Es-trella, cielo, duquesa, la más hermosa de la casa... (Cogiéndola en brazos.) ¿Verdad que es muy bonita? Me la traído papá de París... Todas las muñecas vienen de París. Hace dos meses le mandó otra á mamá. Sólo que mi hermanita no hace más que dormir y llorar. Y esta habla. ¿Lo ven ustedes? (tirando de un cordelito oculto). Parece el maullido de un gatito pequeño... Pues á que dice papá... ¿Dónde estará su papá? ¿Quién será su papá? ¡Vaya usted á saber! Ahora me llama á mí (tirando de otro cordelito). ¡Ay!, qué rica eres (besándola). ¿Quién te quiere áti, cielo, duquesa, la más hermosa de la casa?... Así le dice mamá á su muñeca. Pero aquélla no la contesta. No hace más que mirarla con unos ojazos muy abiertos. Mamá dice que la contesta con los ojos. Es un lenguaje que sólo entiende mamá. Mientras que ésta... ¿Lo oyen ustedes? Papá..., mamá... Ea, ahora á dormir. (La tiende maternal sobre sus brazos y la cunea, cantándola.)

(La mamá de Enriqueta y Enrique aparecen en la puerta.)

LA MAMÁ.—Enriqueta, aquí tienes un amiguito. Juega con él, enséñale tus juguetes. Vaya, hasta luego... Que seáis juiciosos.

(Se marcha la mamá. Enrique se queda junto á la puerta, con aire desconfiado. En-

riqueta sigue paseando y acunando á la muñeca... Pero mira á Enrique con el rabillo del ojo. Viendo que éste no se decide á acercarse, va hacia él.)

ENRIQUETA.—¿Quieres que juguemos?

(Enrique la mira con aire receloso sin contestar. Al fin, como en señal de asentimiento, avanza con ella al centro del gabinete. Allí se quedan mirándose. Por fin él se arriesga á hablar.)

ENRIQUE.—¿Sabes jugar al paso?

ENRIQUETA (con asombro).—No.

ENRIQUE.—¿Y al peón?

ENRIQUETA (con asombro).—No.

ENRIQUE.—¿Y al marro?

ENRIQUETA (con asombro).—No.

ENRIQUE (con aire despreciativo).—Pues entonces, ¿qué sabes?

ENRIQUETA (picada).—Sé saludar en francés, despedirme en francés y una oración en francés. Me la ha enseñado *mademoiselle*.

(Enrique se encoje desdeñosamente de hombros y se pone á examinar los *bibelots*.)

ENRIQUETA (tomando de nuevo la iniciativa).—¿Quieres que juguemos con mi muñeca?

ENRIQUE.—Yo no juego con muñecas. Eso es de chicas. Yo soy un hombre.

ENRIQUETA.—Pues mi papá es hombre y juega con la muñeca de mamá.

ENRIQUE.—¿Tu mamá tiene muñeca?

ENRIQUETA.—Mi hermanita.

ENRIQUE.—Tonta, esa no es muñeca. Es una niña.

ENRIQUETA (con aire misterioso).—Cuando yo sea mayor, como mi mamá, también me traerán una niña. Me lo ha dicho papá.

ENRIQUE.—Yo no quiero chicos. Dan muchos disgustos. Yo quiero un automóvil. El otro día fui en automóvil con mi tío Bruno y aplastamos un perro.

ENRIQUETA.—¡Pobrecillo!

ENRIQUE.—Cuando yo sea grande, seré militar y tendré un sable así de alto para matar hombres.

ENRIQUETA.—¡Qué mala idea! El matar es un pecado.

ENRIQUE.—Pues mi abuelo ha matado mucha gente. Una vez tiró un cañonazo y pum, volaron muchos soldados hechos pedacitos. Y le dieron una cruz. Cuando va de uniforme lleva todo el pecho lleno de cruces.

ENRIQUETA.—¿Entonces habrá tirado muchos cañonazos?

ENRIQUE.—Muchos. Y ha matado á mucha gente. Cientos, miles...

ENRIQUETA.—¡Qué miedo! Yo no quiero ver á tu abuelo. No me mate.

ENRIQUE.—A ti no. Ya la diría yo que no te matara.

ENRIQUETA.—Ni á Lili.

ENRIQUE.—¿Quién es Lili?

ENRIQUETA.—Mi muñeca.

ENRIQUE.—Mi tío Fausto tiene una perra que se llama Lili.

ENRIQUETA.—Pues mi muñeca no es perra, que es muñeca. Y muy lista. Como que dice papá y mamá.

ENRIQUE.—Mi hermana Guillermina tiene una que canta valsés.

ENRIQUETA.—¿Canta con la boca?

ENRIQUE.—Eso creía ella. Pero yo la desarmé. Y tenía dentro una caja de música.

ENRIQUETA (con curiosidad).—¿Dentro, en el pecho?

ENRIQUE.—Sí, aquí como ésta. ¿Quieres ver con qué dice papá y mamá? Verás, yo la desarmo...

ENRIQUETA.—¡Ay!, no, no. Que la vas á romper.

ENRIQUE.—Tonta. Yo lo volveré armar. Yo entiendo muy bien de esto. Una vez desarmé un reloj. Y mirale, está andando. (Se lo enseña.)

ENRIQUETA (con admiración).—¿Lo armas tú?

ENRIQUE.—No; lo armó el relojero. Ahora verás. (Vuelve la muñeca sin piedad boca abajo y tranquilamente la alza las faldas. Enriqueta le mira hacer, asombrada.) Lo primero, hay que quitarla las piernas.

ENRIQUETA.—¿Cómo?

ENRIQUE.—Sencillamente. Así. (Se las arranca.)

ENRIQUETA (gritando).—¡Ay, ya la has roto!

ENRIQUE.—Tonta. Si no hay más que poner unas gomas. Ahora mírala por dentro. ¿No ves unas ruedecitas y unos resortes?... Trae, así lo verás mejor. (Le arranca un pedazo.) ¿Lo ves ahora bien? (Tira de las ruedecitas.) ¿Oyes? Papá, mamá... Si es lo más sencillo.

ENRIQUETA.—¡Ay!, sí, sí, ¡qué raro! ¿Y así hablamos nosotros?

ENRIQUE.—Lo mismo. Es claro. (Tanto tira de las cuerdas, que al fin se rompen y la muñeca enmudece.)

ENRIQUETA.—¡Ay, ya no habla! No habla, ¿Se ha muerto? (Se echa á llorar.)

ENRIQUE.—No llores. Ya hablará. Yo la compondré. (Manipula con ella hasta destruirla. Viendo que no acierta, la tira.)

ENRIQUETA (llorando más).—¡Ay mí muñeca, mi muñeca. (Coge los pedazos.)

ENRIQUE.—Pero qué tontas sois las mujeres. Pues no llora por una muñeca rota. ¿Para qué te sirve?

ENRIQUETA.—Compónmela. Tú me dijiste que me la compondrías.

ENRIQUE (sin saber cómo salir del compromiso).—Yo no entiendo esa muñeca. No es como la de mi hermana.

ENRIQUETA (rabiosa).—Entonces, por qué me las roto?

LA MAMÁ (dentro, llamando).—Enrique, Enrique.

ENRIQUE (aprovechando la coyuntura para escapar).—No vuelvo á jugar con chicas. (Se va.)

(Enriqueta sigue llorando y procurando en vano unir los restos de su muñeca. Entra su mamá.)

LA MAMÁ.—¿Qué te pasa, hija mía? ¿Por qué lloras?

ENRIQUETA.—Porque Enrique me ha roto la muñeca.

LA MAMÁ.—No te apures, ya la compon-dremos con maña y paciencia. Es el destino. Ellos, los hombres, á destruir. Nosotras á reparar. Ea, no llores. Ya verás cómo queda igual que nueva.

ENRIQUETA.—¿Y me contestará cuando la hable? ¿Dirá papá y mamá?

LA MAMÁ.—Acaso no. Pero eso no te importe. Quiérela mucho y te hablará, como me habla la mía... Con los ojos.

RAFAEL LEYDA.

A LA INFANCIA

*Tú de los juegos edad dichosa,
alba serena y esplendorosa
que ya en Oriente veo asomar
por entre nimbos de azul y rosa,
y el alma cielo de luz llenar.*

*Edad de oro, de la que espero
para esa patria que tanto quiero
días de gloria que nunca vi...
Tú la que naces cuando yo muero,
no te detengas... ven hacia mí.*

*Tú de los sueños la edad querida,
tú eres perenne fuente de vida.
Tú sola puedes de un soplo hacer
cual primavera siempre florida
los viejos troncos reverdecer.*

*Llega, pues, llega con tus pequeños
de candorosos rostros risueños
bellos y alados como el amor,
que ya se hicieron del mío dueños
y haz que me cerquen en derredor.*

*Tras de enojosos cuidados graves,
con sus caricias, puras, suaves,
tus rapazuelos me harán reir,
mientras en bandas como las aves
alzan sus himnos al porvenir.*

*Dejad que el prado y el bosque en-
[canten.*

*Haced que el vuelo feliz levanten
de sus auroras al arrebol.*

*Dejad que bullan y alegres canten
en mi escondida puesta de sol.*

*Y tú, alborada la más hermosa,
en cuya blanca vesta de diosa
las ilusiones bordan su tul,
baña en celajes de azul y rosa
esta Revista ROSA Y AZUL.*

Iznájar.

JUAN DE CASTRO

CORRESPONDENCIA

Rosita del Azahar.—Sóller.—¿Es éste su nombre de pila? Me suena á seudónimo, y ya usted sabe que en estas condiciones no publicamos ningún trabajo.

Alfonso Menéndez González.—Pravia.—Ya lo creo que insertaría gustoso su trabajo, pero dudo que sea producto de *su corta musa*, porque está muy bien hecho, y de ser original revelaría en usted un poeta de primera fuerza.

Eduardo M. de Quevedo.—(?)—Su cuento resulta muy largo; no obstante, sometido á un arreglo se publicará.

Paca Pastrana del Toro.—Bujalance.—Tenga usted paciencia y ya verá satisfechos sus deseos. Son muchos á enviar trabajos, y todos muy largos; de aquí no los vean publicados tan pronto como ustedes quisieran.



CHARADA por Francisco Guerrero.

Mi *prima dos* una flor;
corriente de agua mi *tres*,
y por último, mi *todo*
es un nombre de mujer.

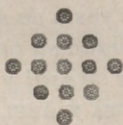
FUGA DE CONSONANTES por Carmita Alonso.

..o.a..o..o..e. . .ia.
.o. á .i. o.o. e.o.o.
.o.o. i .ue.a. i. o.o.
.au.a .e .a. .e.a. .ia.

JEROGLÍFICO por Enrique Ibáñez.

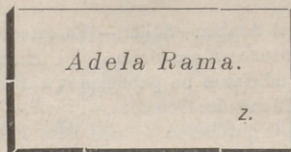
QUE
RI

ROMBO por Isidoro Barrio Jo.dá.



Leed horizontal y verticalmente: 1.º, consonante; 2.º, flor; 3.º, figura geométrica; 4.º, verbo, y 5.º, vocal.

TARJETA por S. Domínguez Tejedor.



Buscad el título de un drama de D. José Echegaray.

LOGOGRIFO NUMÉRICO por Mario Lancho.

1 2 3 4 5 6 7	Para guardar papel.
4 5 6 7 1 2	Para guardar tabaco.
1 2 3 6 7	Parte de un juego.
1 5 4 2	En las viñas.
2 6 7	Tiempo de verbo.
1 2	Letra.
1	Idem.

ADIVINANZA por F. del Río Armenta.

¿Cuál es el nombre de animal que tiene tres vocales repetidas?

COMBINACIÓN por Vicente Más.

LABIO PARÍS

MIEDO

NAVÍO BERNA

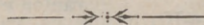
Colocad estas palabras unas debajo de otras de modo que diagonalmente resulten dos nombres de flores.

CHARADA por Manuel Caldeiro.

Soy tan distraído,
que de *prima tres*
me fui á *dos tercera*
sin el *todo* ayer.

JEROGLÍFICO por Ignacio Sanchis.

KK A nota
TO



SOLUCIONES

A la adivinanza por A. Aguirre: CEBEDEO.
Al cuadrado por A. Górgolas:

R O M A
O L E R
M É S A
A R A R

Al jeroglífico por Blas Pérez y Cia: ESTERAS.
Al logogrifo por José R. de Castro: FERMINA.
A la tarjeta por Pompeyo Lozano: ESTANISLAO MAESTRE.

A la charada por Manuel Caldeiro: PORRAZO.
A la fuga de consonantes por F. Córdoba:

En tus ojos te conozco
que no me tienes amor;
dilo con franqueza, niña,
que á mi no me da dolor.

Al jeroglífico por Mariano Albarrán: CELADOR.
A la sustitución por L. Ruedas:

G R E C I A
R U S I A
J A P Ó N
S U E C I A
B R E T A Ñ A
I T A L I A

A nuestros suscriptores

Terminando en 18 de Febrero las suscripciones hechas por un año, á contar del número 1.º, agradeceremos nos avisen los que deseen renovarlas. Para esto bastará enviar á la Administración una faja acompañada del importe.

MAESTRAS OPOSICIONES PARA CÁTEDRAS DE NORMALES (CIENCIAS Y LETRAS) Y ESCUELAS PÚBLICAS

GRAN ACADEMIA DE ESCRIBANO
PONTEJOS, 1, 2.º IZQUIERDA

Con la cooperación de varios Doctores y Licenciados en Ciencias, Letras y Derecho, Profesores de Normales y Maestros por oposición, de las Escuelas públicas de Madrid.

Completa preparación en todas las asignaturas que comprenden los estudios de Maestra de 1.ª enseñanza.

Esta acreditada y conocida Academia no necesita de pomposos anuncios, pues goza ya de justo crédito.

Honorarios adelantados: 30 PESETAS MENSUALES.

Horas para ver al Director: de seis á ocho.

Para cualquier otro detalle, dirigirse á la Academia con sello para la contestación.

EMULSIÓN IODO-TÁNICA MADEMOISELLE

Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas

En todas las farmacias.

OBRA NUEVA

R. P. ZAHM, dominico.

LA EVOLUCION Y EL DOGMA

Un tomo en 8.º francés, con esmerada encuadernación, 5 pesetas.

Pídase á la SOCIEDAD EDITORIAL ESPAÑOLA, San Roque, 18, Madrid.

FAMOSO METODO DE LECTURA

EL SIGLO DE LOS NINOS

DECLARADO DE TEXTO

Pepe 1.º (1.ª sección), económ.ª.	0,2 ptas.
» 1.º (2.ª sección)	0,25 »
Pepe 1.º, lujo	0,50 »
Pepe 2.º	0,50 »
Pepe 3.º	0,75 »
Pepe 4.º	1,00 »

Depósito general: Librería Escolar de Antonio Pérez, Bolsa, núm. 9. Madrid.

COLEGIO DE SAN ISIDRO

De primera y segunda enseñanza, incorporado al Instituto del Cardenal Cisneros.

Espíritu Santo, 28, MADRID



LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES

BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MAS HIGIENICA

LA QUE MEJOR PESA

COLEGIO DE ALFONSO XIII

Antonio Grilo, núm. 8

MADRID

ADVERTENCIA

Tenemos algunas colecciones, muy pocas, encuadradas del año 1904 (primero de la publicación de Rosa y Azul) al precio de 8 pesetas en Madrid, y 8,50 provincias.

Los que deseen alguna, pueden pedirla a estas oficinas, acompañando su importe en libranzas de Prensa, del Giro Mutuo ó Sobre Monedero.

Talleres de fotograbado

DE LOS

SUCESORES DE E. PAEZ

Directo, línea, zincografía.

Precios sin competencia.

Quintana, 33.—MADRID

JOSE BREÑOSA, redactor artístico de Rosa y Azul.—Lecciones de dibujo y modelado. Dirijan los avisos a la Administración de esta Revista.

LIBRERIA

DE

AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza.

OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS

SERRADILLA (Cáceres)

¡Pidanse catálogos.

MADRES Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 3 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

ESTÓMAGO Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

Para anuncios en esta revista, diríjanse á

LA PRENSA

SOCIEDAD ANUNCIADORA

MAYOR, 1.—TELEFONO 123.—MADRID

PASTILLAS eloro-boro-sódicas — con cocaína — **BONALD**

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

ELIXIR antibaellar **BONALD**, de thioeol-olnaino-vanádico-tosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todas las medicos.

FRASCO, 5 PSETAS

ACANTHEA **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor.

Núñez de Arce (a. Gorguera), 17, Madrid